



ITALO SVEVO

Ettore:
el bancario
genial

Página 3



CONTRATAPA

Cortázar y la
plaza con voces
peronistas

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 3 | NÚMERO 145 | JUEVES 11 DE SEPTIEMBRE DE 2014

Ctrl+X

El plagio nuestro de cada día

Ctrl+V

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HALLAN EN ESCOCIA EL TEXTO MÁS ANTIGUO EN CASTELLANO

El libro de cuentos orientales *La historia de los siete sabios de Roma*, considerado el incunabulo más antiguo impreso en castellano, fue hallado en Escocia en manos de un particular. El texto cuenta con 32 grabados y 44 folios, según María Jesús Lacarra, profesora de la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza. La obra, de gran popularidad mundial, traducida prácticamente a todas las lenguas y que

en el siglo XIX perteneció a la Casa Real española, pudo haber sido impresa en Zaragoza entre 1488 y 1491. Lacarra explicó que encontró la obra en una base de datos digital inglesa sobre incunables que redirigió la búsqueda a la Biblioteca de Edimburgo. A través de la biblioteca, la investigadora se contactó con el propietario del incunabulo, quien finalmente accedió a enviarle una copia escaneada.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 11 DE SEPTIEMBRE DE 2014

El plagio nuestro de cada día



→ VICENTE BAXISTA

Plagium, en latín significa "apropiación de esclavos ajenos", y deriva del griego: "trapaceo, engañoso". A su modo, la Real Academia mantiene ese significado: plagiar, informa, "es copiar en lo sustancial obras ajenas, dándolas como propias", y aunque ya no se trata del robo de esclavos sino de palabras, bajo el concepto "Plagio" conserva aquel levez de acción trapaceara que decretaran los griegos. Se podrá decir que las palabras no tienen dueño, y es cierto, pero cuando el acumulado de esas palabras constituyen un poema o un cuento o una novela o cualquier otra manifestación literaria, pasan a ser propiedad del autor. Por consiguiente, desde el mismo momento en que copiamos textualmente un fragmento o la totalidad de esa obra, nos convertimos en plagarios; es decir, en sujetos trapaceos y engañosos: exponemos como propio lo que es ajeno.

Hablo de palabras, no de ideas, temas e incluso personajes. A Edipo lo encontramos en páginas de Esquilo y de Sófocles, a Fausto en una rica lista de grandes autores. Un tal Alonso Fernández de Avellaneda en 1614, nueve años después de la aparición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* publicó *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, un libro que, tal como su título anunciaba, se disponía a continuar con las pe-

ripicias de los personajes creados por Cervantes. Hasta hoy no se sabe a ciencia cierta quien fue Alonso Fernández de Avellaneda, pero aunque se hubiese conocido su identidad no habría sido juzgado: no había cometido un acto de plagio, se había apoderado de un personaje ajeno al que, con sus propias palabras, le daba nueva vida. Esta costumbre se mantiene hasta hoy. Sherlock Holmes, Sandokán, Tarzán, pueden dar fe de ello, siguen deleitando a los lectores con nuevas acciones, aunque sus creadores hace muchos años que han muerto. Hace pocas semanas John Banville, bajo su heterónimo Benjamin Black, publicó *La rubia de ojos negros*, una nueva aventura de Philip Marlowe, el incomparable detective creado por Raymond Chandler. Joe Gores es un autor estadounidense especialista en policiales: varias novelas, un centenar de cuentos y numerosos guiones de series de TV, Colombo, Kojak y Remington Steele, dan prueba de ello. En 1975, Gores publicó *Hamnett*, una novela más tarde llevada al cine, que aquí apareció en la colección *El Séptimo Círculo* bajo el nombre de *El estilo Hamnett*. La novela tiene como personaje al célebre escritor, hace mención de algunos de sus textos, pero de ningún modo se acerca a la categoría de plagio.

El plagio es otra cosa. Es, por ejemplo, lo que hizo Gustavo Almarud, aquel escritor francés que, en 1867 publicó *La Mar-Horca*, una novela en la que graciosamente incorporó las cuatro primeras partes de *Amalú*, de José

Mármol. Cuando descubrieron su triquiñuela, Almarud negó el acto, aunque alegó que *Amalú* sólo había sido su fuente de inspiración. También en Francia, pero hace pocos días, otra suelta fuente de inspiración fue sospechada de plagio. En su *Señor de plagio*, editado por el Fondo de Cultura Económica, Heléne Maurel-Isard cuenta la curiosa diatriba que sostuvieron dos escritoras amigas: Camille Laurens y Marie Darrieussecq. En 1995 Camille Laurens publicó *Phillipe*, un libro autobiográfico en el que narra la muerte de su hijo recién nacido. Doce años después, Marie Darrieussecq publicó *Tom ba muerto*, una novela que tiene como tema central la muerte de un hijo que acaba de nacer. Camille Laurens acusó a Marie Darrieussecq de haberle plagiado el dolor. A pesar de las lágrimas, el asunto no tuvo suficiente peso como para iniciar una demanda, aunque ambas autoras reconocieron que el hecho incrementó la venta de ambos libros.

En el año 1933 se promulgó la Ley 11723 que sostiene que "la edición, venta o reproducción de una obra suprimiendo o cambiando el nombre del autor, el título de la misma o alterando dolosamente su texto", es considerado plagio, el artículo 72 de esa Ley proclama que quien lo cometiera puede recibir penas de un mes a seis años de cárcel. Si bien por estas calles se han cometido destacados plagios, ni uno solo de sus ejecutantes sufrió pena de cárcel, aunque dio cierta pena el modo en que lo justifica-

ron y se defendieron. En 1997 Daniel Omar Azetti obtuvo el Premio Literario del diario *La Nación* con su cuento "La ilusión que se escurre". Aún no se habían apagado los ecos del festejo, cuando alguien reparó que el relato premiado era una copia textual del cuento de Giovanni Papini "El espejo que huye". Azetti no se inmutó, habló de intertextualidad, "no es un plagio -dijo- es una construcción intertextual" y agregó que se trataba de una suerte de homenaje al escritor italiano, al que él admiraba desmedidamente. Una idéntica admiración, aunque algo más calma, habrí sentido Sergio Di Nucci por Carmen Laforet en su novela *Bolivia Construcciones*, primer premio en el concurso de "La Nación-Sudamericana" de 2006, incluyó treinta páginas de *Nada*, novela de la escritora catalana. En esta ocasión, Di Nucci no habló de intertextualidad sino "de la reescritura como un principio

que p
Const
Azetti
ron c
noci
per hal
de
tr
p
:

cepto constructivo de la novela, que por algo se llama *Bolivia Construcciones*". Ni Daniel Omar Azetti ni Sergio Di Nucci lograron convencer a sus jueces: no colacionaron la humildad de la cárcel, pero les quitaron los premios que habían obtenido.

Suspecho que algún defensor del plagio podría argüir que en los tres evangelios sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, plagio a Mateo y a Marcos. Sin embargo, no sirve como argumento: se trata de textos canónicos que, para la gente de fe, escapan al tribunal de los hombres y se rigen exclusivamente por el derecho divino.

El amor es una cachiporra de policía, el primer poemario de Camilo Sce, aborda el tema del amor a partir de una desconfianza que alcanza el absurdo, siempre con la mirada puesta en la actualidad, donde se mezclan la cultura del espectáculo, los zombies, los vicios contemporáneos y la vida en el conurbano. Publicado por la editorial independiente Milena Caserola, tiene un punto de partida que invita a la

desconfianza: "Imaginate lo peor: tu mejor amigo es un rati de civil". A partir de ahí, los poemas se encaminan hacia una paranoia donde el amor muestra su cara más siniestra. Camilo Sce (Buenos Aires, 1985) estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y es librero. Formó parte de las antologías *Atada a la reacción: antología de poesía unisex* (2010) y 2017. *nueva poesía contemporánea*.



JUEVES 11 DE SEPTIEMBRE DE 2014 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Ettore: el bancario genial



Educado en alemán, italiano y triestino, sin olvidar sus orígenes judíos, Ettore Schmitz trabaja a fines del siglo XIX como encargado de la correspondencia en idioma extranjero de la Unión Banquera de Viena de la ciudad de Trieste. Es un gran escritor, pero nadie lo sabe. A quinientos kilómetros de ahí, otro judío de apellido Kafka, cuya cultura también lidia entre el idioma del país que habita con el de su tradición judía de habla alemana, lucha y naufraga ante los mismos impedimentos. Ettore trabaja durante dieciocho años en el banco, como un eficiente y disciplinado engranaje. Trieste era parte del imperio austro-húngaro y pasaría a formar parte de Italia recién luego de la primera guerra mundial. Era una ciudad pintoresca, un puerto donde austriacos e italianos convivían con una gran comunidad albanesa. Se rumoreaba que era una ciudad de muchos suicidios debido al "Bora", un terrible viento frío y seco que llega a enloquecer a la gente además de complicar la vida cotidiana. Fuera de su trabajo Ettore Schmitz es otro hombre, Italo Svevo, un escritor apenas conocido, autor de dos novelas cuya edición había pagado de su bolsillo: *Una vida* (1892), y *Sentidumbre* (1898). El fracaso de sus libros llevaría a Svevo a alejarse del proyecto de transformarse en escritor, aunque nunca dejaría de escribir del todo.

El siglo XX lo encuentra casado con su prima Livia Veneziani, transformando al catolicismo y dedicado al comercio, algo conocido por tradición familiar y que su padre era empresario en el rubro de cristalería y su cuñado era de la familia de los Sarmiento. El seudónimo Italo Svevo se sumerge aún más en el olvido y su relación con la escritura se limita a colaboraciones con el periódico local *El Independiente* bajo el seudónimo E. Saneigli.

Las cosas podían haber segui-



ETTORE SCHMITZ. CON EL SEUDÓNIMO DE ITALO SVEVO ESCRIBE LA CONCIENCIA DE ZENO Y ES ELOGIADO POR JOYCE.

do así eternamente, pero un día Ettore Schmitz decide aprender el idioma inglés y contrata a un profesor alto como una jirafa y casi ciego que vivía en Trieste luego de haber peregrinado malamente por Europa. Ese hombre era el irlandés James Joyce, sin antecedente alguno que prefigurara su genialidad. El año en que estos dos hombres se conocen, Joyce publicaría su primer libro, el de poesía *Música de cámara*. Muy lejos estaba de ser el escritor que iba a dinamitar la concepción de la literatura con el *Ulises*. Joyce había llegado a Trieste para trabajar en la academia Bertzli luego de haber probado suerte en Zúrich, Roma y Palá. Quizá la amistad de los dos hombres fue innata. O tal vez en el campo del idioma a apreciarse y a admirarse.

Pasado un tiempo prudencial, Ettore se permite mencionar an-

te Joyce la existencia de sus dos novelas. Svevo se ofrece a leerlas, quizá por compromiso, quizá porque el desentencido que Ettore había experimentado le podía servir de ejemplo ante el duro camino de rechazos, juicios e incompreensión que Joyce tenía por delante. En cuanto a Ettore, seguramente no buscaba otra cosa que un buen lector, una mirada distinta a la provinciana de sus contemporáneos triestinos. Joyce leyó a Svevo y comprendió que tenía delante suyo a uno de los grandes escritores de su época.

Joyce dejó Trieste poco tiempo después. Ya era padre de dos hijos, Giorgio y Lucia, que enfermaría de esquizofrenia, llegaría a ser tratada por Carl Jung y moriría en un sanatorio en la ciudad de Bolzano a los ochenta. Una vez que su mejor lector desaparece, Ettore vuelve a ser Ettore. Llega la guerra y nada se puede hacer sino sobrevivir.

Es en 1923 que Ettore revive a Svevo y escribe lo que sería su obra máxima: *La conciencia de Ze-*

no. La novela se impone gracias a un artículo de un jovencísimo Eugenio Montale, donde asegura que Svevo escribe "la epica de la gris causalidad de nuestra vida cotidiana". La ayuda de Joyce (que volvería a Trieste en 1919 porque su hermano Stanislaus vivía allí hasta su muerte), que no duda en escribir a editores y críticos para que le presten atención a la novela, hace el resto. En una carta fechada el 30 de enero de 1924, Joyce dice: "Por ahora me interesan dos cosas. El tema: nunca hablé antes pensado que fumar paudiese dominar a una persona de semejante manera. Segundo: el tratamiento del tiempo en la novela", y le da una larga lista de personas a las que Svevo les debe enviar la novela. Joyce le recomienda a Svevo que se transforme en una celebridad en toda Europa. O en París, que era lo que entonces importaba.

La conciencia de Zeno es la historia de Zeno Cosini, un hombre que visita a un joven médico (que actúa de psicoanalista) para poder dejar de fumar. El médico, harto de las mentiras y autojustificaciones del paciente, le pide que escriba lo que piensa. Y Zeno Cosini lo hace largamente, cuenta su vida sin omitir detalles ni bajezas. Es el relato que nosotros conocemos. De la mano de Zeno sabemos que su padre antes de morir le nombra un tutor como una demostración de la poca confianza que le tiene, la desolante forma en que conoció a su esposa, la existencia de su amante y que las paredes de su estudio y su diario personal están plagadas de las sílabas U.S. (última sigaretta). Ya adulto y sin tutor, Zeno se dedica de lleno a los negocios y una vez finalizada la guerra se vuelve rico. Es un triunfo con sabor a derrota. Un hombre que sobrevive ante un mundo que amenaza desintegrarse. Un hombre enfermo que habita un mundo más enfermo aún. El hombre tiene cura, aunque la cura sea la muerte. El mundo no.

Mucho se ha dicho, y muchos libros se han escrito sobre la relación entre esta novela y el psicoanálisis. Ettore nunca dio explicaciones. Lo comprobado es que su cuñado se había sometido a las terapias de Freud, que Ettore había traducido con ayuda de un sobrino un compendio de *La interpretación de los sueños* y que Eduardo Weiss, el hombre que introdujo el psicoanálisis en Italia, era familiar suyo.

En 1927, Ettore-Svevo da una conferencia sobre Joyce en Milán organizada por la revista *Il Congresso*. Allí dice: "Cuando nos separamos, (Joyce) desconocía el psicoanálisis, al volvernos a encontrar, en 1919, estrega un plena rebelión con él". Y agrega "no es una vida fácil la del tratante de

Ettore Schmitz murió en 1928 y se atrópeló por un automóvil e Italo Svevo fue Thomas Mann, Musil y Kafka, sería leído y ubicado en el lugar que se merece en la década del setenta.

Premio CABCACE
UN CUENTO cinco a doce páginas

Primer premio \$ 12.000
ANTOLOGÍA a publicarse por **lebel**

Segundo
Tercer premio \$ 7.000

El Museo del libro y de la lengua de la Biblioteca Nacional abren la cuarta convocatoria de su certamen de narrativa Eugenio Cambaceres 2014, destinado esta vez a autores de cuentos, con el objetivo de promover la producción literaria que llevan adelante los nuevos escritores. El primer premio es de \$ 12.000, el segundo de \$ 9.000 y el tercero de \$ 7.000. Además, el jurado procederá a seleccionar los

cuentos no premiados que considere calificados para integrar, junto a los ganadores, una antología del certamen que publicará InterZona Editora. La recepción de los originales se iniciará el 28 de agosto de 2014 en el Museo del libro y de la lengua, avenida Las Heras 2555, de la ciudad de Buenos Aires, de martes a viernes en el horario de 14 a 19 horas, y cerrará el 31 de octubre de 2014.



CONTRATAPA

↳ Luis Soto



Cortázar y la plaza con voces peronistas

PLAZA CARLOS DE LA PUA. PABELLÓN "I" DEL BARRIO RAWSON DE AGRONOMÍA, DONDE VIVÓ EL AUTOR DE RAJUELA.

Se me ocurre que en lugar de hojas, de los árboles crecen postales de París", definía Cortázar a la placita ubicada en un barrio en el que vivió, que los biógrafos no suelen mencionar.

Con su paso largo, el 25 de agosto de 1944 caminaba la calle Artigas hasta avenida San Martín. Era el refugio que separaba los dos tramos de la calzada trepón muy ágilmente al travesá 86. La cita, estimulada por el sonido de la sirena de *La Promesa*, era en Florida, de Tucumán a Charcas (para muchos de los convocados, del Jockey Club al Plaza Hotel). Un día antes de cumplir 30 años, se producía la liberación de París. Varios miles de ciudadanos recorrieron ese sector de Florida luciendo cintas con los colores rojo, azul y blanco, y cantando "La Marsellesa". Todavía radicado en Chivilcoy, ese día, como lo hacía cada tanto, Cortázar había venido a Buenos Aires a celebrar la fecha con amigos porteños. Para eso en Artigas 3246, edificio en el que había vivido una década atrás. La mayoría de las biografías registran que al regresar de Europa —su padre había sido miembro de la embajada argentina en Bélgica— los Cortázar vivieron en Banfield. Lo cierto es que el departamento del tercer piso de Artigas 3246 y la plaza que hoy lleva su nombre fueron escenario de episodios significativos en la vida de Cortázar. Por extraña coincidencia, París se colaba en sus viajes a la capital. La noche del 25 seguiría habiendo calvados en la confitería La Fragua y los minutos iniciales de su día lo encontrarían en la plaza, mirando correr a los gatos atormentados.

Afincado en París desde 1951, y por mediación de Manuel Antín —que llevó al "Círculo" y "La cifra imparable", Cortázar trabajó amistad con Patrio Esteve, narrador, dramaturgo, director en 1984 del teatro Cervantes, que también vivía en la ciudad cantada por Yves Montand. Aparte de afinidades literarias, el vínculo se fortaleció en los años 40, vecino de Almagro. Esteve tomara, como él, cada mañana el benedito 86 para ir al Nacional Buenos Aires. Evocaba Esteve que a Cortázar le divertía imitar el ganso traqueteo del tranvía metiendo sus erres copadas por la ge. En

esas charlas los parisinos adoptivos hablaron del *De Sarmiento a Cortázar*, donde David Viñas señala "el viejo mito argentino de la independencia de París". Como lo haría en carta a Saúl Sosnowski, Julio Cortázar blanqueó razones de su alojamiento de Buenos Aires. "Es un mito perdido todo interés, salvo para los resentidos de la literatura, y como con ellos no vamos a hacer la revolución, le ponemos punto y se acabó. Yo no me vine a París para santificar nada, sino porque me alojaba dentro de un peronismo que era incapaz de comprender entonces, cuando de un altoparlante en la esquina de mi casa me impedía escuchar los cuartetos de Bela Bartók", se despatchó. A esta altura recupera protagonismo la plaza. En 1945 sus faroles de hierro fueron testigos de las incursiones de un grupo de muchachos peronistas. A través de un equipo de altoparlantes el peroraje de la primera hora propaló los discursos del entonces coronel, vivaba su nombre y gritaba una consigna: "¡mate sí, whisky no!". Cortázar (Oscar José Cortázar) vivió en la plaza de las-de-Piñeyro que daba a la placita donde padeció el avance de las voces populares apagando la voz del compositor húngaro. Un año después la consigna excluyen-

te, en vísperas de las elecciones, sería "Braden o Perón". Con su filosofo sentido del humor le decía Cortázar a Esteve: "alguna vez creí oír "Bartók o Perón". En carta al excepcional narrador uruguayo Felisberto Hernández se refiere Cortázar a los años en que vivió en la oscura pensión Varzilio de Chivilcoy y a la necesidad de viajar a su ciudad. Le asombraba enterarse que a fines de 1939 Hernández, también pianista, había ofrecido un concierto precisamente en Chivilcoy: "Yo no faltaba a ningún concierto por la simple razón de que casi nunca pasaba nada, casi nunca pasaba nada. Pero cada vez que podía, y esa fue una, me escapaba a Buenos Aires en busca de amigos, los cafés del centro, amores desdichados y el último número de *Sov'*", ironiza J.C. En 1938 el maestro rural había publicado *Presencia*, poemas nacidos en la rue Artigas, con seudónimo de cantor de la orquesta de Osvaldo Fresedo, Julio Denis. En el frente del edificio de Artigas 3246, una placita donde vivió Julio Cortázar, el clima del barrio Rawson y la Agronomía están presentes en su obra. Lo corroboraba el cuento "Omnibus", que transcurrió en un coche de la línea 168, al que Clara sube en Nogoyá y avenida San Martín, a

tres cuadros del barrio Rawson, y ya sentada padece el acoso de un iracundo chofer que pretende impedirle que descienda durante el viaje y también en el terminal de Retiro. En ese departamento también colaron forma "Casa tomada" y aventuras de cronopios y de famas. El Rawson consta de nueve pabellones de departamentos y unas veinte casas, construidos por la Municipalidad entre los predios de la Facultad de Agronomía y la citada avenida San Martín. En este barrio vivían algunos personajes del mundo literario y del espectáculo: el dramaturgo Samuel Eichelbaum, autor de *No guapo del 900*, hombre de la noche de Buenos Aires, el crítico Luis Emilio Soto, sin acceso a cátedra en la UBA por carencia de títulos, pero que concluiría siendo, por concurso, profesor de literatura hispanoamericana en las universidades de Ann Arbor y Boston; el todo terreno César Tiempo, prometenista de la "poesía" Clara Beter, maestro del reportaje y actor del cine neorrealista; el poeta Juan Carlos Onofre; el escritor de *El Diario Insolito*, Pedro Lauza, cantor de la orquesta de Lucio Demare, y Augusto New Bonardo, figura de la televisión de los años 60.

Cortázar vivió en el tercer piso del pabellón "I". Recordaba Lauza que desde la plaza solía verse a un muchacho parado detrás de una ventana. Debía ser alto porque se apreciaba el rostro, pero el pelo me entraba en cuadro. Miraba hacia la plaza, donde los chicos jugaban a la pelota. El muchacho no se acobardaba, parecía apartarse de la ventana como queriendo ver sin ser visto por esa población de 400 habitantes. Lo beneficiaba que el pabellón "I" se hallara aislado de los demás, pero eran obstáculos la estatura que el segundo piso del "I" estuviera copado por las-de-Piñeyro. La sueta viuda de Piñeyro lideraba la familia: tres hijas adolescentes y un perro llamado con raíces pomeranianas. Irma, la mayor, se atrevió a desnudar una larga que conmovió a Cortázar: el señor Piñeyro había abandonado a la familia cuando ella acababa de cumplir seis años, la misma edad que tenía Julio cuando su padre decidió irse de su casa sin dejar trazos. Con Irma conversaba Cortázar y ponía sus banderillas. Misgo, por ejemplo, que el llamado *Misgo* ganaría consideración si pasaba a llamarse López Monet. Moción aprobada. Las-de-Piñeyro, claro, tenían su lugar. Un par de veces por año anunciaban que iban a presentar perro nuevo. Cruzaban a la plaza con una canasta y soltaban al nuevo animalito, que no era otro que López Monet, enteramente pintado de rosa o celeste. Julio se iba a curcujadas. Más de la plaza: la única vez que alguien invitó a Cortázar a jugar al fútbol lo hizo un chico del barrio. Confesión de Julio Cortázar: nunca había jugado un partido. A lo sumo le había dado una patada a una pelota. No se lo dejó al chico. Se limitó a excusarse, quizás sin decirle que, ni pibe. Cosas de un niño de salud vulnerable, y además sobreprotegido por sus mariditas, al que los médicos recomendaban, a los 9 años, más sol y menos lectura de Poesy Victor Hugo. A pesar de su apagada relación con el sentimiento popular fue burlero, el pibe de Julio Cortázar. Llegó a necesitar sólo ocho palabras y un par de números para definir el clima de un domingo de gente modesta, cargado de alegría, por qué no en la casa de su *Heriberto Suárez de Mataderos*: "era una noche de neblón y Racing 4 a 1".